

Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida Política interior. Parte Primera*. México, Ed. Hermes, 1970.

Con rapidez periodística e interés novelístico, pese a su sólida documentación y minucioso relato, don Daniel Cosío Villegas repasa en las casi 900 páginas del último de sus libros (*Historia Moderna de México. El Porfiriato. La Vida Política Interior. Parte Primera*, México: Editorial Hermes, 1970) la manera en que desaparecen de la escena política del país los dos grandes sobrevivientes de la República Restaurada (Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias), y conquistan el poder sus vencedores: Porfirio Díaz y Manuel González.

Por supuesto, no sólo estas cuatro figuras mayores destacan en este gran cuadro; también resaltan numerosos personajes de variada estatura. Unos pertenecen a la generación de Porfirio Díaz, y son, por tanto, hombres en la plenitud de su madurez: Ignacio L. Vallarta, José María Vigil, Justo Benítez, Manuel Romero Rubio, Ramón Fernández, Joaquín Baranda, etc. Al lado de los anteriores empiezan a destacar varios jóvenes, la mayoría de los cuales se agrupó en el diario *La Libertad* (Justo Sierra, Francisco Bulnes, Pablo Macedo, José Ives Limantour, etc.), jóvenes que llegaron a ser figuras de primera magnitud a partir del momento en que Porfirio Díaz se afianza en la presidencia, lo que ocurre, en opinión de Cosío Villegas, en 1884-1888.

Este volumen, como los anteriores de la *Historia Moderna de México* personalmente escritos por Cosío Villegas, se caracteriza por su estilo incisivo, tono polémico y notable erudición, sobre todo en la consulta de la prensa periódica. Buen número de grabados ilustran el libro; facilitan su manejo un cuidadoso índice de personas y lugares.

Aunque hace 16 años el doctor Silvio Zavala profetizó que don Porfirio Díaz y don Daniel Cosío Villegas no marcharían "siempre en la mejor de las compañías" (*Historia Mexicana*, Vol. III, abril-junio 1954, Núm. 4, p. 608), sin embargo, para fortuna de la historiografía mexicana, bastante han mejorado esas relaciones. En efecto, hay una buena distancia entre el "militarote" Porfirio Díaz de 1867 y el Porfirio Díaz "gran figura de la historia nacional" que Cosío Villegas analiza en este libro (*Ibid.*, p. xiv).

Por supuesto, tanto Porfirio Díaz como Cosío Villegas cambiaron. El cambio de don Porfirio corresponde al de un tercio de

siglo en la vida del país, y se refleja inclusive en el físico mismo de Díaz. En efecto, José López Portillo y Rojas describió a Díaz, a fines de 1876, como un individuo bronceado de color, mirada dura y casi feroz, desabotonado el chaleco, medio recostado en el sillón, con el brazo izquierdo echado atrás del respaldo “y con un mondadientes en la mano derecha, que no dejó de esgrimir y de revolver dentro de la boca”. Esta figura contrasta marcadamente con la de las fiestas del Centenario: “viejo de ochenta años, de cabello y bigotes blancos; con un rostro impávido; ojos sin brillo que miran a un pasado lejano irreconocible; el pecho tachonado de cordones y medallas. En suma, un Porfirio Díaz petrificado, hecho estatua, a-temporal” (*Ibid.*, pp. 101 xiv).

Pero también Cosío Villegas ha cambiado. En efecto, no sólo separan su primer libro sobre Porfirio Díaz de éste último siete tomos de la *Historia Moderna de México*, sino un método diferente, al menos en parte. Muy atrás ha quedado el método de Fustel de Coulanges, de que no sea el historiador quien hable, “sino la historia misma” (*La Revuelta de la Noria*, p. 13). En el prólogo de su último libro Cosío Villegas explica que el objeto de la historia es “referir y explicar los cambios habidos en una sociedad durante un cierto período”, pero ya nada dice sobre el papel pasivo del historiador y activo del documento.

Y mal podría esperarse que el método de Fustel de Coulanges orientara esta obra, cuando en ella corren parejas la documentación y la pasión. Por ejemplo, la violencia, innecesaria, para criticar a Alberto María Carreño “por su confiada irreflexión en fechar los documentos del archivo del General Díaz” (*Historia Moderna de México*, VIII, p. 86). Para calificar a Carreño de obstinado lavadero (*Ibid.*, p. 326), ingenuo (*Ibid.*, p. 328), poco perspicaz y muy desaprensivo (*Ibid.*, p. 336), etc. También parece innecesario referirse a la Universidad Nacional como “la nunca bien bendecida” (*Ibid.*, p. 87).

Asimismo, sobra pasión para calificar de “aventurerillos” a los miembros del primer gabinete de Porfirio Díaz, y a éste de “generalillo” (*Ibid.*, pp. 50, 107, 257, 281). La personalidad de Díaz es menor de la que le había otorgado en el primer tomo de esta *Historia* (*Ibid.*, p. 17), e inclusive en el prólogo de este tomo (*Ibid.*, p. xviii). Parece igualmente innecesario calificar a Ramón Frida de “escritor mal encarado y desaprensivo” (*Ibid.*, p. 225), o referirse, repetidas veces, a Pablo Macedo como “Pablito” (*Ibid.*, pp. 447, 449, 451 s.), cuando el propio autor juza que *La Libertad*

“se puso chocarrera, hablando, por ejemplo, de don Marianito” [Escobedo] (*Ibid.*, p. 173). En la raíz de esa actitud está la clara simpatía por los “que se fueron” (José María Iglesias y Sebastián Lerdo de Tejada) y antipatía por los “que se quedaron” (Porfirio Díaz y Manuel González). De cualquier modo, Cosío Villegas señala como “factores impersonales” que explican las diferencias entre ambos grupos, el cambio de generación (*Ibid.*, pp. 105, 243), y el hecho de que tocó a Díaz y a González abrir las puertas del capital extranjero (*Ibid.*, p. xvii). Por cierto que uno de los mayores méritos de este libro es demostrar que Manuel González no fue un mero testaferrero de Díaz.

Si alguna duda hubiera de que Cosío Villegas es el mejor historiador de los hechos políticos del México moderno, este libro la disiparía. Con este volumen y el siguiente, probablemente culminará esta manera de estudiar los hechos políticos. Tal vez en el futuro haya un cambio de método, pero aun entonces se encontrarán algunos gérmenes de los nuevos enfoques en esbozos de este libro, por ejemplo, las relaciones de la burguesía y el liberalismo (*Ibid.*, p. 28), el papel de algunos grupos de presión (*Ibid.*, pp. 300, 402, 651, 675), el de la opinión pública (*Ibid.*, pp. 396, 578), y el de los caciques, concepto que algunas veces usa como sinónimo de caudillo (*Ibid.*, pp. 188, 302).

Cuando ya está próximo el fin de la *Historia Moderna de México*, como “viajero de la misma barca”, me pregunto si el éxito de esta empresa pudo haber sido mayor de haberse estudiado conjuntamente la vida política, la económica y la social. Aumentan mi duda algunas referencias a ciertos temas —rebeliones indígenas, inmigración, prensa obrera, etc. (*Ibid.*, pp. 391, 392, 394, s., 708.)— que yo estudié en la *Vida Social del Porfiriato*. Tal vez entonces fue inevitable esta fragmentación, pero aun en el supuesto de que las cosas hubieran podido hacerse mejor, don Daniel Cosío Villegas está por llegar al final de su exitosa empresa, después de trabajar en ella casi un cuarto de siglo.

Vista la *Historia Moderna de México* en su conjunto, sin considerar el valor desigual de los varios tomos, representa un antes y un después en la historiografía del México Moderno. Aunque sin duda algunas monografías completarán, matizarán e inclusive rectificarán esta obra general, de cualquier modo Cosío Villegas ha dado un impulso extraordinario a la historiografía del México Moderno, directamente con los cuatro tomos que personalmente

escribió (I, V, VI y VIII), e indirectamente con los otros cuatro (II, III, IV y VII) escritos bajo su dirección.

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO

### RÉPLICA A MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO

Desearía comentar los juicios de don Moisés González Navarro para que el lector —y quizás el historiador— tengan las dos versiones. Inútil decir que no me mueve a hacerlo el poco entusiasmo que le ha despertado a este profesor la lectura del penúltimo tomo de la *Historia Moderna de México*, sino el encontrar infundadas sus críticas abiertas.

La primera es que han mejorado mis relaciones con Porfirio Díaz, puesto que en 1953 lo llamé “militarote” y en 1970 lo asociando a “gran figura de la historia nacional”. Como la afirmación es vieja, pues la he oído de los lectores más apresurados de mis libros, sé lo que quiere decirse con ella: cuando publiqué *Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria*, no había yo estudiado suficientemente a este personaje, y por lo tanto, el calificativo de “militarote” nació de mi ignorancia.

Esta conjetura confirma, por una parte, el carácter extremadamente controvertido de la figura de Díaz, pues antes de leer la primera línea que se escriba sobre él, el lector en ciernes se pregunta desconfiado si el autor de ella será porfirista o antiporfirista. Y confirma, por otra parte, que suele darse a ciertas cuestiones, como ésta, un planteamiento equivocado, que se evitaría presentándola así: ¿no será Porfirio Díaz el que cambia del militarote que fue en 1867 al consumado político que llega a su plenitud a partir de 1888? A una dama, el más exaltado admirador de cuantos conozco, a pesar de no haberlo visto nunca y de ser apenas lejano descendiente político de él, traté de explicarle que los cambios que advertía en mis juicios no eran debidos al tiempo, sino al Porfirio Díaz particular que en un momento dado era objeto de mi estudio. Le hice notar que, mediando un año escaso entre la publicación de *Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria* y *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, el tono general del primer libro era crítico y laudatorio el del segundo. La verdadera razón —le dije— es que en un caso escribía yo sobre un Porfirio Díaz que, incapaz de llegar al poder democráticamente, se levanta en